

EL TIO CIERRA-EL-OJO



Tirado por seis cisnes iba costeando las lindes de la magnífica selva
(Pág. 12).

22.588

BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

EL

TIO CIERRA-EL-OJO

EL JARDIN DEL PARAISO

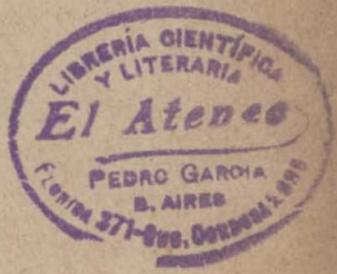
EL JABALÍ DE BRONCE

POR

ANDERSEN

TRADUCCION CASTELLANA DE GARCIA-RAMON

Ilustraciones de YAN D'ARGENT



PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6



EL TIO CIERRA-EL-OJO

Nadie hay en el mundo entero que sepa tantas historias como el tío Cierra-el-Ojo. Y ¡ qué bien cuenta!

Alanocheer, cuando los niños están aún en la mesa ó en sus sillas, es cuando aparece. Sube la escalera delicadamente, con babuchas que amortiguan el ruido de sus pasos, abre la puerta con precaucion y; *husch!* con su jeringuilla lanza á los niños leche azucarada en los ojos, un chorrillo delgado, pero suficiente para que no puedan tener los ojos abiertos. Entónces, como no les es posible verlo, entra, y escurriéndose detras de ellos les sopla en el cuello. Su cabeza se

pone pesada, pero no les hace daño. El tío Cierra-el-Ojo no desea mal alguno á los niños, muy al contrario ; sólo desea que se estén quietos, y no pueden estarse quietos sino en la cama ; le gusta que se estén tranquilos para poder contarles sus historias.*

Cuando sus amiguitos duermen se acerca al lecho. Lleva hermosos trajes ; está vestido de seda, pero sería imposible decir el color, parece verde, encarnada, azul, segun el modo cómo se vuelve. Tiene un paraguas debajo de cada brazo ; en la tela de uno de ellos hay pintadas figuras de todo género ; este es para los niños buenos ; lo abre encima de sus cabezitas y sueñan toda la noche las historias más lindas. En la tela del otro no hay nada, y está destinado á los niños malos ; duermen como atontados, y cuando se despiertan al otro día, no pueden recordar el menor sueño agradable.

Escuchad ahora lo que todas las noches, durante una semana, el tío Cierra-el-Ojo, contó á un chicuelo que se llamaba Hjalmar. Serán siete historias puesto que la semana tiene siete días.

Lunes.

« ¡ Atencion ! dijo el tío la primera noche cuando vió acostado á Hjalmar. Mira bien como voy á adornar la habitacion. »

Todas las flores que estaban en la ventana, en las

macetas, comenzaron á crecer hasta convertirse en árboles que extendian sus largas ramas á lo largo de las paredes y por todo el techo ; el cuarto parecia un maravilloso invernadero. Estas ramas, de fresco verdor, estaban cubiertas de florés más hermosas que las rosas ; tenian un perfume delicioso, y ¡ oh ! ventura, era posible comerlas y sabian á las más delicadas confituras. En las ramas habia tambien frutos que brillaban como el oro, y cestas que olian á pan bendito, llenas de almibaradas pasas.

Todo era soberbio. Pero al mismo tiempo que alegraba este pintoresco espectáculo, se oían salir terribles lamentos del cajon donde Hjalmar ponía sus cuadernos.

« ¿ Qué puede ser esto ? » dijo el tio Cierra-el-Ojo ; y fué á la mesa y abrió el cajon ; era la pizarra en que Hjalmar habia hecho un problema de aritmética y que pecaba por un error de cálculo. La pizarra estaba desconsolada ; gemía y se torcía, se habria dicho que iba á romperse. El lápiz que colgaba de ella saltaba y bailaba de impaciencia, deseando rectificar el error, pero era superior á sus medios.

Tambien daba gritos espantosos el cuaderno de escritura, que rompía las orejas. En lo alto de cada página habia una línea de modelo, una mayúscula á la cabeza y luégo una serie de minúsculas ; debajo estaban las letras que habia dibujado Hjalmar y

habrían debido parecerse á las del modelo; pero, unas estaban muy inclinadas, las otras muy derechas; eran delgadas y torcidas, una verdadera monstruosidad.

« ¡ Atención ! ordenó el modelo. Miradme y ved como debéis teneros, todas lo mismo, algo inclinadas, pero con gracia.

— ¡ Oh ! bien lo quisiéramos, respondieron las letras de Hjalmar, pero no tenemos la fuerza de movernos; no hemos tenido bastante tinta que beber.

— ¡ Ah ! estáis enfermas, dijo el tío Cierra-el-Ojo, pues en ese caso tenéis que purgaros.

— No, no, exclamaron las letras é irguiéndose cuanto pudieron se mantuvieron muy tiesas.

— Mi querido Hjalmar, replicó el viejo, mucho lo siento, pero hoy no habrá historias ni aventuras; tengo que dar una lección á esa gentecilla. Vamos, una, dos; una, dos. »

É hizo andar las letras y las ejercitó á mantenerse derechas; acabaron por tener buen aspecto, como las del modelo.

Luégo el tío Cierra-el-Ojo se marchó. Al día siguiente, al levantarse, Hjalmar corrió á su cajón y miró su cuaderno; sus letras tenían el mismo lamentable y miserable aspecto que ántes.

Martes

Tan luégo Hjalmar se halló en la cama, el tío Cierra-el-Ojo tocó con su jeringuilla encantada todos los muebles del cuarto y se hallaron dotados de la palabra. Se pusieron á hablar todos á la vez; cada uno decia mucho bien de sí mismo; estaban poseidos por su asunto y no hablaban de otra cosa; la escupidera formaba banda aparte, hablaba mal de los demas y decia que era en ellos una ridicula vanidad la de cantar sus propias alabanzas y no extasiarse sobre su modestia que la hacía permanecer, sola, en un ricon.

Encima de la cómoda habia colgado un gran cuadro en un marco dorado, que representaba un paisaje. Se veian en él grandes árboles seculares, musgo, yerba con flores, en medio de un rio, que costeando la selva, pasaba al lado del antiguo castillo, para ir á arrojarse en el Océano.

El viejo tocó tambien el cuadro con su jeringuilla; héte que todo se animó, los pájarcs se pusieron á cantar, las ramas del árbol se agitaron; las nubes entraron en movimiento y se veian pasar sus sombras sobre los prados.

Entónces el viejo Cierra-el-Ojo cogió á Hjalmar y llevándolo hasta el marco, le puso los piés en el mullido césped, y héte que el niño formó parte del cuadro,

los rayos del sol, pasando por entre las ramas, le acariciaban blandamente.

Alegre como unas pascuas corrió al río y se metió en un barquichuelo que estaba amarrado á la orilla; estaba pintado de encarnado y blanco, la lona brillaba como la plata. Lo tiraban seis hermosos cisnes que llevaban al cuello collares de oro y sobre la cabeza una estrella azul, rutilante. Arrastraron el barquichuelo á lo largo de las lindes de la magnífica selva; Hjalmar oyó á los añosos árboles contar terribles historias de bandidos y de brujas; se estremeció, pero se calmó cuando las florecillas le contaron las aventuras de los genios enanos y otras lindas historias que habian oido narrar á las mariposas.

Hermosísimos peces de escamas de oro y plata, seguian la barquilla; á veces daban un salto fuera del agua y era un gusto verlos brillar al sol. Miles de pájaros, verdes, amarillos y colorados, formaban dos filas por entre las cuales se deslizaba el barquichuelo. Los mosquitos de agua danzaban sobre las ondas; tambien acudió una bandada numerosa de abejorros que hacian un ruido singular. Cada uno de ellos contaba una historia diferente.

¡ Dios y Señor, qué divertido paseo! Yá la selva era abrupta y sombría; las ramas se adelantaban por encima del agua, todo era oscuridad y misterio. Luégo, brillaba el sol, y se veian los más encantadores

jardines, llenos de flores de brillantes colores. Á orillas del lago se alzaban palacios de cristal y de jaspe, en cuyos balcones habia princesas : Hjalmar las reconoció, eran unas niñas que jugaban con él y con su hermana. Le sonreian y le enseñaban juguetes de azúcar como los que se ven en las confiterías por Noche buena ; Hjalmar alargaba la mano para coger el dulce, pero las taimadas no lo soltaban ; Hjalmar tiraba y el dulce se rompía, pero Hjalmar se quedaba siempre con el mayor pedazo. ¡ Qué gusto más delicioso tenía !

Delante de la puerta de los palacios, la guardia de honor se componia de príncipes que blandian espadas de oro. Luégo aparecian reyes con sus coronas que echaban á Hjalmar almendrados y cajas de soldados de plomo.

La barca se detuvo delante de la ciudad donde habitaba la criada que lo habia traído cuando era pequeñito.

Lo queria mucho, y tan luégo como lo vió, loca de contento, cantó los versos que ella misma habia compuesto cuando lo habia dejado á sus padres, pues habia acabado de mamar y andaba solo, como un hombrequito :

*¡ Ah ! ¡ cuánto pienso en ti, querido niño,
Objeto encantador de mi cariño !
¡ Cuántos besos he dado en tus cabellos,
En tu frente, tu boca y ojos bellos,*

*Cuando risueño, entre los blandos lazos,
 Seguro dormitabas en mis brazos!
 ¡ Yo aquí me he de quedar y tú has de irte,
 Ángel querido que embelesa el alma!
 ¡ Pueda el Omnipotente bendecirte,
 Puedas por años mil vivir en calma!*

Las aves acompañaban este canto con sus más armoniosos trinos; las flores bailaban en sus tallos y á lo léjos se veían los añosos árboles agitar sus ramas, significando que tomaban parte en la fiesta.

Miércoles.

Caía el agua á torrentes. Aunque dormía, Hjalmar oía el ruido que hacía chocando contra el techo. El tío Cierra-el-Ojo abrió la ventana; el agua subía en la calle, subía sin parar; se habria dicho un verdadero rio. En breve fué un lago, luégo un verdadero mar. Pasó un soberbio navío y se detuvo delante de la casa.

« ¡ Quieres venir conmigo á hacer un bonito viaje, mi querido Hjalmar, dijo el viejo; iremos muy léjos, hácia los países extranjeros, y mañana por la mañana estaremos de vuelta. »

De pronto, Hjalmar se vió vestido con sus hermosos trajes del domingo, transportado al puente del navío. El tiempo se aclaró al momento. Una ligera brisa infló las velas y hételos en marcha por las calles

despues de haber doblado la gigantesca catedral, entraron en pleno Océano; el viento refrescó, el buque tué cada vez más de prisa y en breve no vieron tierra.

De pronto apareció una bandada de cigüeñas que volaba hácia los cálidos países del sud; habia una que siempre se quedaba detras de las otras; estaba cansada, rendida. Las otras seguian adelantando; la pobre ave hizo un esfuerzo para alcanzarlas, pero sus alas cejaban cada vez más, no podian sostenerla; al fin comenzó á bajar, y rendida y solocada se posó en el mástil del navío; pero, un brusco movimiento de las olas la hizo perder pié y *patapum*, dió en el puente de la nave.

Un grumete la cogió y la metió en el gallinero con las gallinas, los patos y los pavos. El pobre animal se sentia mal á su gusto en semejante sociedad.

« ¡Qué animal más feo! » dijeron las gallinas. Un pavo, inflándose cuanto pudo y tomando su más majestuosa actitud, le preguntó de dónde venía. Los patos, retrocediendo con desprecio, y empujándose mutuamente, daban sus graznidos más agudos.

La cigüeña contó que venia, como ellos, de los lugares del Norte y que ibà á buscar el sol de África; les describió aquel hermoso país, el Nilo, las pirámides, y les habló del gigante de las aves, el avestruz que corre por el desierto como un caballo sala

vaje. Los otros no quisieron creer una sola palabra de lo que decia, y los patos, dándose con las alas, exclamaron :

« ¿ Qué está contando ? Vamos, todos estáis conformes en que es una idiota.

— Seguramente, es una idiota, » dijo el pavo, y lanzó un *glu-glu*, estridente.

La cigüeña no se defendió ; se calló y se puso á soñar con su hermoso país de Egipto.

« ¡ Lindos palitroques tenéis en guisa de patas ! replicó el pavo. ¿ Cuánto cuesta la vara ? »

Los patos hallaron la broma deliciosa y rompieron en *cuac-cuac* convulsivos.

La cigüeña no se conmovia.

« Á lo ménos podriais sonreir, dijo el pavo ; no oiréis á menudo una frase tan graciosa. Pero, tal vez no la habéis comprendido. Vamos, amigos, dejémosla sola solazarse en su tontuna, y no nos ocupemos más de ella. »

Hizo un soberbio *glu-glu* ; las gallinas lanzaron *gik-gak*, *gik-gak*, de falsete, miéntras que los patos hacian *cuac-cuac* de barítono. Era una horrible cerrada. ¡ Cómo se burlaban sin piedad del pobre animal !

Pero Hjalmar á estos gritos se acercó al gallinero, abrió la puerta y llamó á la cigüeña que acudió saltando ; los dos subieron al puente. Hjalmar acarició

con dulzura al buen animal, que le dió las más sinceras gracias bajando de tal modo la cabeza que su pico tocaba casi el suelo. Estaba descansada, abrió las alas y tendió el vuelo hácia las regiones del sol.

El pavo, rojo de cólera, viéndola elevarse majestuosamente en los aires, la envió un postrer *glu-glu*, cargado de injurias; los patos y las gallinas metían un ruido espantoso.

« Seguid, seguid, animales estúpidos, exclamó Hjalmar; mañana os torcerán el pezcuezo y os meterán en la cazuela. »

En su cólera se agitó y se despertó; estaba en su camita y no sobre el puente del navío.

El tío Cierra-el-Ojo le había hecho hacer una expedición famosa aquella noche.

Juésves.

« Es preciso que te prevenga, dijo esta noche el viejo; no te asustes, te traigo un ratoncito. »

Y abrió la mano, en cuya palma había un ratoncillo pequeñillo lindo como el amor.

« Le envían, replicó el viejo Cierra-el-Ojo, para que te convide á la boda; esta noche un raton celebra su casamiento con una ratita; la ceremonia se efectúa debajo del entarimado de la despensa donde tu madre guarda las provisiones. Según cuenta la gente ratonil es un verdadero palacio.

— Sí, pero , ¿ cómo entraré yo debajo del entarimado ? preguntó Hjalmar.

— Eso es cosa que me compite, respondió Cierra-el-Ojo ; yo te adelgazaré de tal manera que puedas pasar por el agujero de una rata. »

Tocó al niño con su jeringuilla encantada, y al momento el cuerpo de Hjalmar comenzó á disminuir, á empequeñecerse, y acabó por tener la dimension de un dedo y el grosor de un fósforo.

« Ahora, dijo el viejo, ponte el traje del general que manda tus soldados de plomo; te irá muy bien si no me engaño, y será un bonito uniforme. »

Esta idea sonrió á Hjalmar; se puso el traje militar y se gustó mucho á sí mismo por su aire marcial, pero tenía los hombros algo apretados.

« ¿ Queréis tener la amabilidad de meteros en el dedal de vuestra señora madre? dijo el ratoncito; tendré entónces el honor de engancharme á vuestro carruaje y llevaros a donde os esperan. »

Hjalmar hizo algunos cumplidos por fórmula de buena educacion, pero acabó por meterse en el dedal y dejarse arrastrar.

Llegados á la despensa, encontraron en un rincon un agujero bastante grande para dar paso al dedal; conducia á un corredor que estaba iluminado con madera podrida.

« ¿ No oléis qué delicioso perfume? dijo el ratoncito;

el corredor ha sido restregado con tocino por todas partes; se ha gastado una corteza entera; oled, oled qué olor tan rico! »



Luégo entraron en el gran salon de honor. Á la derecha, en dos filas estaban las ratitas, murmurando y charlando, era un murmullo continuo. Á la izquierda se hallaban los caballeros de la sociedad, acariciando con gracia sus bigotes, con su pata derecha. En el centro, los desposados lucian bajo la corteza vaciada de una mitad de queso de Holanda que los cubria como un palio; se abrazaban con ternura y era conmovedor el ver cuánto se amaban.

Los convidados seguian llegando y el gentío se

hizo tan numeroso que comenzaba la gente ratonil á empujarse y pisarse las patas.

Tambien el salon habia sido restregado con tocino; como festin no hubo más que el buen olor que despedia; los huéspedes lo respiraban con fuerza y se extasiaban de gusto. Á los postres, se mostró un guisante en el que una rata habia grabado con sus agudos dientes las iniciales de los desposados. Era magnífico y nadie tuvo ganas de comerse aquel precioso guisante.

Todos convinieron en que era una boda soberbia y en que se habian divertido como unos príncipes.

Luégo, cada prójimo volvió á su casa; Hjalmar subió en su coche, encantado como los demas; su hermoso uniforme habia sido muy admirado, y esto hizo que no sintiese haber tenido las espaldas algo apretadas.

Viérnes.

« Es increíble, dijo el tio Cierra-el-Ojo, cuántas personas entradas en años, y de muchos años, piden que deje á los niños y que vaya á verlas. Sobre todo los que han obrado mal son los que me llaman, y dicen :

» Buen viejo, vén en nuestro auxilio. No podemos dormir en toda la noche, y nuestras malas acciones nos pasan continuamente delante de los ojos; miles de diablillos bailan encima de nuestra cama y nos

lanzas agua caliente en los ojos. Llega pronto y arroja esta horrible gentecilla. Te pagaremos bien por tu molestia, tenemos la caja llena de oro. Si no tienes confianza en nosotros, colocaremos la suma que quieras en la ventana.

» — Sí, pero no me incomodo yo por dinero, continuó el tío Cierra-el-Ojo.

» — ¿Qué vamos á hacer esta noche? interrumpió Hjalmar.

» — Si no te fastidia ir por segunda vez á la boda, iremos á la que se prepara en el cuarto de al lado. Hermann, tu gran Juan de las Viñas, debe casarse con Berta, la más hermosa de las muñecas de tu hermana; al mismo tiempo es el santo de la desposada, de modo que podremos ir á admirar los soberbios regalos que recibirá.

» — Sí, ya lo sé, dijo Hjalmar, siempre que mi hermana piensa que sus muñecas tienen necesidad de trajes nuevos, dice que es su santo ó que se van á casar, ha sucedido cien veces.

» — Es la pura verdad, respondió Cierra-el-Ojo, y esta noche sera la centésima una boda. Pero, despues de ciento y uno, todo se acaba, como dice el refran dinamarques. Conque será la última y por lo mismo será famosa. Vamos; en marcha! »

Entraron en el cuarto. Encima de la mesa, en medio del teatrillo de carton, brillantemente iluminado, los

prometidos estaban uno al lado del otro, sentados en hermosos sillones dorados; tenían el aspecto pensativo y miraban modestamente por el suelo, como en este caso conviene. Delante, una compañía de soldados de plomo daba la guardia de honor.

El tío Cierra-el-Ojo se puso el manto de seda negra de la abuela y casó á Hermann con Berta, y al momento todos los muebles entonaron un himno de alegría.

« ¡ Vivan los desposados ! Mirad que tiosos están y que aire más arrogante tienen. Son de cuero y ciegos, pero esto no es malo cuando uno se casa. ¡ Hurra, hurra ! ¡ Que el viento lleve á la léjos nuestras vivas felicitaciones ! »

Luégo comenzó el desfile de los regalos, entre los que habia preciosidades; obras de arte, joyas; los prometidos habian solicitado que no les ofreciesen comestibles, lo que haria mella en la poesía de sus sentimientos.

« Ahora, dijo el recién casado, es preciso partir para nuestro viaje de bodas; pero, ¿ adónde iremos ? »

Consultaron una golondrina que habia recorrido el mundo y la gallina del corral que habia tenido ya muchos polluelos. La golondrina les aconsejó ir á los pintorescos países del Sud, donde las uvas cuelgan de las cepas, donde el cielo tiene mágicos colores

que no se conocen en nuestras regiones del Norte.

« Sí, interrumpió la gallina, pero no tienen allí coles encarnadas, las coles encarnadas que son un encanto de la existencia. El verano pasado estaba con mis polluelos en el campo, teníamos á nuestra disposicion una cantera de arena donde podíamos escarbar á gusto; y lo mejor es que, por un agujero de la empalizada, podíamos penetrar en el huerto y comernos las coles encarnadas; mis polluelos se las comian con ansia y las preferian á los gusanillos de la tierra.

— Bueno, replicó la golondrina, pero ¡ cuántas veces el tiempo es malo aquí! Llueve la mitad del año.

— Eso hace brotar las coles encarnadas, respondió la gallina. Además, no carecemos aquí de calores; recordad el verano pasado; durante seis semanas no se podia respirar, era lo mismo que bajo los trópicos. Sí, lo digo muy alto, el que no piensa que nuestro pais es la mejor region del mundo es un perdido. Quedaos aquí, recién casados. Los viajes no ofrecen nada de agradable; una vez, siendo pollita, hice un viaje de doce leguas, en una carreta, encerrada en un cesto. ¡ Qué vaivenes, qué fastidios! Nada más que de pensarlo me da la carne de gallina, realmente y no figuradamente como dicen nuestros amos.

— Esta gallina me parece una persona razonable, dijo la señora Berta. Tampoco yo soy amiga de esos

países cálidos. El cielo tiene tonos que tal vez eclipsarian mis seductores colores. Iremos aquí cerca, al campo, donde está el huerto con las coles encarnadas. »

El recién casado fué, naturalmente, del parecer de su mujer y se fueron dándose el brazo.

Sábado.

« Estoy un poco cansado de nuestras salidas nocturnas, dijo Hjalmar, cuando el tío Cierra-el-Ojo se acercó á su cama. ¿No puedes contarme hoy una historia ?

— Esta noche no tengo tiempo, respondió el viejo, abriendo el más hermoso de sus dos paraguas y colocándolo encima del niño. Pero, mira estos hermosos chinos. »

La tela del paraguas hacía el efecto de una gran copa de porcelana de Chinos transparente ; se veían árboles negros con ramas azules, pagodas doradas, chinos que movían la cabeza.

« Distráete mirando estas cosas singulares, dijo Cierra-el-Ojo. Yo debo ayudar á arreglar y limpiar el universo para la fiesta de mañana, pues es domingo, como sabes. Tengo que subir al campanario para inspeccionar si los genios de la iglesia han limpiado y restregado la campana, para que dé un sonido puro y vibrante. Tengo que ir al campo para

que los vientos sacudan el polvo que cubre las flores y el césped. Y lo más durillo es que debo bajar todas las estrellas para limpiarlas con tiza á fin de que brillen bien. Cojo una cierta cantidad en mi detantal teniendo cuidado de numerarlas, y hago lo mismo con los clavos de donde las descuelgo; de esta manera puedo volver á colocar cada una en su sitio, pues de lo contrario no se sostendrian y se vendria abajo todo el firmamento.

— Escuchad, señor Cierra-el-Ojo, dijo de pronto un antiguo retrato que colgaba de la pared. Yo soy el bisabuelo de Hjalmar. Os agradezco mucho que consintáis en distraer á este niño; pero, os lo suplico, no enturbiéis y confundáis las nociones científicas que pueda tener. No es posible ir á descolgar las estrellas para bruñirlas. Son globos como nuestra tierra, y se mueven á traves del espacio.

— Gracias mil, abuelo, respondió el viejo, mil gracias por la buena intencion que te impele á rectificar mis ideas. Pero, reflexiona que soy mucho más viejo que tú y puedo suponer en mi más sabiduría que tienes tú, aunque bastante tengas no siendo de este siglo. Yo dato del paganismo; los romanos y los griegos me llamaban Morfeo, el dios del sueño. He frecuentado los más poderosos genios, las más elevadas inteligencias, y creo que sé lo que me digo; á unos una cosa, á otros la contrária. Pero, puesto que crees

saber más que yo, te cedo mi lugar. Cuenta tus historias, si Hjalmar quiere escucharlas. »

Y esto diciendo, el viejo se fué llevándose su paraguas encantado.

El bisabuelo murmuró en sus barbas, y tal vez iba á decir algo interesante, pero, en el mismo momento, Hjalmar se despertó sobresaltado.

Domingo.

« Buenas noches, amigo mio, » dijo el tío Cierra-el-Ojo.

Hjalmar le respondió con un gracioso saludo, saltó abajo del lecho y volvió contra la pared el retrato del bisabuelo, para que no interrumpiese la conversacion como la víspera.

« Hoy que es domingo, me contarás una historia; la de los *Cinco guisantes* y la del *Chelin de plata* que, menospreciado tanto tiempo, recuperó su verdadero valor al entrar en su país.

— ¡ Oh! historias, dijo el viejo, hay muchos que te las pueden contar sin que sea yo; en cuanto á mí prefiero hacerte ver cosas interesantes. Voy á enseñarte á mi hermano, que se llama como yo Cierra-el-Ojo, pero no viene á ver á nadie más de una vez, y entónces os toma á la grupa de su caballo y os cuenta una historia. No sabe más que dos; una es

divertida y encantadora, la otra horrible y espantosa. »

El viejo llevó á Hjalmar, á la ventana y levantándolo en sus brazos, le dijo :

« Ves, ese que pasa al galope en ese aligero corcel, es mi hermano ; los conoces de nombre, los hombres lo llaman la Muerte. Júzgalo tú mismo ; no tiene el aspecto tan espantoso como lo representan los libros de estampas, donde le dan la forma de un horrible esqueleto. Lleva un hermoso uniforme de húsar, bordado con galones de plata, un manto de terciopelo negro ; ¡ qué buen jinete, qué bien cabalga ! »

Hjalmar miraba con los ojos muy abiertos ; el segundo Cierra-el-Ojo pasaba como el viento en su



caballo negro, arrebatando á derecha é izquierda, ancianos, jóvenes, niños. Á todos preguntaba :

« ¿ Qué dice vuestra hoja de servicios ?

— Nada más que cosas buenas, respondian todos.

— Dejadme ver á mí. »

Y tomaba la hoja. Aquellos cuyas hojas decían *Muy bueno* ó *Bueno*, los colocaba delante de su caballo y les contaba su linda historia; aquellos cuyo certificado decía *Mediano* ó *Malo*, se los echaba á la grupa y les narraba la espantosa historia que les hacía temblar; gemían y trataban de tirarse del caballo á bajo; pero estaban como enclavados y no podían menearse.

« Tu hermano tiene mejor cara que tú, exclamó Hjalmar. Á fe mía, desde que le he visto no me da miedo.

— Y tienes razón, respondió Cierra-el-Ojo, pero ten cuidado que tu hoja de servicios esté en regla. »

Aquí acaba la historia del viejo Cierra-el-Ojo. Tal vez vaya una noche á contártela él mismo. Sea como fuere, aprovéchate de ella.





EL JARDIN DEL PARAISO

Érase una vez el hijo de un grande y poderoso rey; nadie tenía más hermosos libros que él; estaban llenos de magníficos grabados que representaban todo cuanto existe sobre la tierra.

El texto daba la descripción de todos los países y de todos los pueblos del globo, de todas las ciudades y de los menores villorrios. No había más que un solo punto sobre el que no daba detalle alguno; no indicaba do se hallaba el jardín del paraíso y esto es

precisamente lo que particularmente habria deseado el príncipe.

Cuando aún era niño y comenzó á ir á la escuela, su abuela le contó que en los pétalos de las flores que adornan el jardin del paraíso, hay tablas de multiplicación, la serie cronológica de todos los reyes de la tierra, mapas geográficos, reglas gramaticales, y que basta con comer estas flores, que poseen el gusto de los dulces más exquisitos y de las más delicadas confituras, para saber al momento perfectamente sus lecciones de aritmética, de historia y de geografía.

Entonces tenía una fe absoluta en la relacion de su abuela; pero, cuando tuvo más edad y se puso á reflexionar, pensó que en el famoso jardin debia haber esplendores de muy distinta especie.

« ¡Ah! exclamó un dia, ¿por qué cogió Eva la manzana del árbol de la ciencia? ¿Por qué la comió Adan? No soy yo quién habria hecho semejante tontuna. Habria obedecido el precepto divino, y el pecado no habria entrado en este mundo. »

Siguió creciendo y llegó á los diez y ocho años; pero el jardin del paraíso seguia preocupando su imaginacion.

Un dia fué á pasearse solo por el bosque cercano, como lo tenía por costumbre. Se extravió y llegó la noche sin que hubiese podido hallor su camino. Se habian amontonado las nubes; rompió la tempestad

y la lluvia comenzó á caer como si se hubiesen abierto todas las cataratas del cielo; la oscuridad era completa como en el más profundo sótano. El príncipe adelantaba á tientas, lo que no le impedía resbalar y tenderse sobre el mojado césped ó sobre enormes peñascos.

El pobre príncipe quedó calado, en breve, hasta los huesos; marchaba con agua hasta lo rodilla y cuando las ráfagas agitaban las ramas, se sentía inundar de los piés á la cabeza. No podía más de cansancio; rendido y desanimado, estaba á punto de desmayarse cuando oyó un singular ronquido que, á veces, aumentaba en intensidad y soplabá como una borrasca, para disminuir en seguida y convertirse en un ligero susurro.

Se puso en camino y no tardó en ver ante sí una gigantesca caverna iluminada por un inmenso fuego al que se habria podido asar un buey, como se dice. Así es que habian colocado un soberano ciervo que, sostenido por dos troncos de pino, giraba con lentitud delante de las ardorosas llamas.

Una mujer de edad, alta y robusta, que fácilmente se habria tomado por un hombre disfrazado, estaba cerca del fuego, y de vez en cuando echaba en él trozos de leña, cuidando de la coccion del ciervo.

« Nada temas, dijo al príncipe; acércate y seca tus ropas al fuego. »

El príncipe entró y se sentó en un monton de madera.

«Tengo mucho calor por delante, dijo; pero por detras, ¡hui! ¡qué corriente de aire!

— Eso no es nada, dijo la mujer, y otra cosa será cuando mis hijos estén de vuelta, pues has de saber que esta es la mansion de los vientos; mi hijos son los cuatro grande vientos que reinan en los aires.

— ¿En dónde están ahora? preguntó el príncipe.

— ¡Qué absurda pregunta! respondió la mujer. ¿Cómo quieres que sepa exactamente dónde se hallan unos chicos tan inquietos y que dan tamañas zancadas? Sería posible que estuviesen allá arriba, en la gran sala de los cielos, jugando á la pelota con las nubes.

— Tenéis el carácter un poco áspero, dijo el príncipe; ninguna mujer me ha hablado nunca con tanta rudeza como vos.

— No digo que nó, respondió la mujer; pero para mantener en respeto á mis chicos, que nada tienen de dóciles, necesito buenas muñecas, y aún hablando debo ser dura y brutal. Pero, consigo domarlos: ¿ves colgar de la pared cuatro sacos? Los temen más que has temido tú, un tiempo, las disciplinas de tu maestro. De un reves de la mano los cojo y los meto en esos sacos, sin más cumplidos. Y están ahí, consu-

miéndose, hasta que se me antoja soltarlos. ¡Ah!
uno llega. »



Era, en efecto, el Viento del Norte que entraba,

soplando un frío glacial. Estaba vestido con unos calzones y un casacon de piel de oso; un gorro de piel de foca le cubria la cabeza más abajo de las orejas. Témpanos de hielo le colgaban de las barbas espesas; los botones de su casaca eran granizos enormes; cuando estornudaba despedia copos de nieve.

« No vayáis tan pronto al lado del fuego, le dijo el príncipe, pues las narices y las manos se os van á helar.

— ¡ Helar! respondió el Viento del Norte, desternillándose de risa. ¡ Helar! Es mi mayor placer. Pero, á propósito. de dónde vienes tu, infimo hombrecillo. ¿ Cómo te has atrevido á penetrar en la mansion de los vientos?

— Es mi huésped, exclamó la mujer, y te suplico que lo respetes, pues, sino, ¡ ojo al saco! ¿ Me oyes? »

El Viento se calmó al momento, y cambiando de conversacion, se puso á contar sus aventuras desde que habia dejado á su madre.

« Llego en derechura de los mares polares donde he ido á una partida de recreo. Me he divertido mucho cerca del Groenland con unos rusos que cazaban la foca. Los encontré en el mar, y como estaba cansado, descansé en el buque. Me dormí cerca del timon. Héte que el pájaro de las tormentas me rozó el rostro. ¡ Singular animal! Da algunos aletazos,

Luégo tiende las alas [inmóviles y resbala por el espacio.

— Vamos, abrevia, dijo su madre. Pero, desearia saber si has ido á la isla de los osos.

— Ya lo creo, respondió el Viento, y áun he estado bastante tiempo en ella. Todo alrededor el mar está helado y terso como un espejo. ¡ Qué bien se debe bailar allí! Luégo vi un pálido musgo salir acá y acullá entre la nieve que cubre las piedras y las rocas; no he visto el menor rayo de sol; no sé si luce nunca en aquel lugar que llaman lúgubre los hombres. Esqueletos de foca, osamentas de oso blanco se alzan por do quiera. Una densa niebla se estendia sobre la isla; soplé un poco pára disiparla y vi aparecer una choza construida con las maderas de un buque, que los náufragos habian cubierto con pieles de animal, para que mi hálito no penetrase por los intersticios: eso no les ha impedido morir de frio y de hambre. Por el momento, encima del techo habia un oso blanco al que acaricié el lomo y respondió con un espantoso gruñido. Volví á las rocas donde descubrí innumerables nidos de pájaros; miles jovencitos abrian el pico y piaban, viendo que sus padres echaban mucho tiempo en llevarles pescado fresco. Esperad, amiguitos, voy á hacerlos callar. Y soplé un poco, no muy fuerte; pero al momento cerraron el pico y se metieron en el fondo de sus nidos. En la arena se arrastra-

ban los morsos y las focas; son unos animales muy feos; parece una babosa gigantesca con una cabeza de cerdo provista de dientes de á vara. Pero, no hacen daño à nadie.

— Continúa hijo mio, interrumpió la madre. Tu relato comienza á interesarme; espero que se dramatizará un poco.

— Yalo creo, dijo el Viento. Los cazadores rusos llegaron delante de la isla y lanzaron sus arpones à los morsos; salió un chorro de sangre que cayó sobre la nieve enrojeciéndola. Los cazadores parecian divertirse mucho con este juego cruel. Esto me puso de buen humor y me dije que debia tambien divertirme un poco.

— Esta vez soplé algo fuerte; empujé montañas de nieve contra su navió. Á ellos les tocó gemir y gritar; apremiados por los hielos flotantes, los *icebergs* grandes como casas, echaron por encima de bordo todo el producto de su cacería, colmillos de morso, toneles de aceite. Soplé de nuevo y los cubrí con torbellinos de nieve; sus manos ateridas por el frio no podian maniobrar. Lancé un silbido seco; héte el buque que cruje y apretado por la nieve se rompe en pedazos. Los trozos son llevados hácia el sud por los hielos; los cazadores beben en el gran charco, como dicen; no volverán nunca á la isla de los osos.

— No está bien lo que has hecho, dijo su madre; es una pura maldad.

— Efectivamente, respondió el Viento del Norte. Pero, también he hecho á veces buenas acciones; sólo que prefiero que las cuenten otros. Ved quién llega, es mi hermano del Oeste; es el que prefiero; esparce un olorcito marino y casi siempre tiene una frialdad deliciosa.

— ¿Sería el pequeñito Céfiro? preguntó el príncipe.

— Sí, dijo la madre, es mi buen Céfiro; pero no es pequeñito y delicado como en tiempo de los antiguos; ahora es un mozo robusto que conoce su fuerza. »

El Viento del oeste entró en la caverna; estaba vestido como un salvaje, tenía mucha barba y un aspecto huraño; en la mano izquierda traía una enorme maza que había cortado en un árbol de los bosques de América : era un soberano baston.

« ¿De dónde vienes? le dijo su madre.

— Vengo de las selvas vírgenes, respondió donde las sierpes y los cocodrilos bullen en los pantanos y donde nunca ha penetrado el hombre.

— ¿Qué placer hallabas allí? dijo la anciana.

— Me distraía contemplando el rápido curso del río más grande del mundo; veía caer al pié de las rocas sus aguas reducidas á polvo finísimo que, á los rayos del sol, formaban un espléndido arcoíris. Búfalos é hipopótamos nadaban en medio del río con bandadas de patos y otras aves selváticas; de pronto,

la corriente los englobó y los arrastró á todos hácia



las cataratas. Las aves volaron y se fueron; pero los

hipopótamos fueron lanzados al precipicio y deshechos como cristal. Este espectáculo me divirtió y me puso de buen humor. Soplé alegremente; se levantó un huracan, que arrancó de raíz miles de árboles seculares, altos como catedrales y los redujo á virutas.

» Luégo me fui á las sabáanas, donde me distraje dando cabriolas y volteretas durante centenares de leguas; pasando sacudí los cocoteros; sus frutos caian con estrépito, espantando manadas de caballos salvajes que partian como el viento, segun habrian dicho los hombres; pero, mucho faltaba para que la cuenta estuviese exacta. He tenido otras muchas aventuras, pero no está bien hablar mucho de sí mismo en sociedad; tú misma me los has recomendado, buena madre. »

Y besó á la vieja y la abrazó con tal fuerza que la buena mujer estuvo á pique de dar en el suelo. Á fe mia era un mozo muy brutal.

Llegó el Viento del Sud; estaba vestido con un albornoz de beduino, de flotantes pliegues y llevaba un turbulante en la cabeza.

« ¡Cáspita! qué frio hace aquí, exclamó, y echó en la lumbre una carreta de leña. Bien se siente que está aquí mi hermano del Norte.

— ¡Quiá es un horno, respondió el Viento del Norte; hace un calor capaz de derretir todos los hielos del polo, y de asar, de golpe y porrazo, todos los osos blancos.

— El oso eres tú, replicó el primero.

— ¿Queréis no pelearos? dijo la madre. ¿Veis los sacos, eh? Pues bueno, callarse. Siéntate en esa roca, hijo del Sud, y cuéntanos afablemente lo que te ha pasado en tu última excursion.

— He ido á pasearme al África, respondió. Primero he visto a los otentotes cazar el leon. Cuando llegué, la llanura esteba verde como un prado; respiré con alguna fuerzay mi aliento lo secó todo. Me fuí hácia las arenas; ¿no se le ocurrió al avestruz desafiarme á correr. En algunos brincos lo dejé atras.

— Recorrí el vasto desierto; encontré una caravana extraviada; acabadan de sacrificar su último camello para saciarla sed que los devoraba. El sol quemaba encima de sus cabezas y el suelo quemaba debajo de sus piés. Eramonótono, y para distraerme, levanté torbellinos de arena; luégo hice olas altas como montanas, que rodaban una sobre otras; era un placer el verlas. Los hombres de la caravana no estaban á gusto; se habian cubierto el rostro con sus alquiceles para no quedar sofocados; se prosternaron é invocaron el socorro de Alá. Soplé por última vez; una pirámide de arena se levantó y fué á sepultarlos. Cuando pase otra vez por allí la derribaré y entónces aperecerán los calcinados huesos. Los viajeros podrán recoger sus riquezas esparcidas en la arena;

se creerán felices por un momento ; pero les jugaré



una partida mia, y los aplastaré bajo una pirámide más alta todavía.

— No piensas más que en maldades, dijo la madre. Anda, ¡al saco! »

Y ántes de que pudiese ponerse en guardia, los asió por la mitad del cuerpo lo encerró en su saco. Se agitó con furor; ella cogió un tronco de árbol y le arrimó una buena paliza, hasta que no se movió.

« En verdad, dijo el príncipe, no me habias engañado; tus hijos son unos ganapanes de marca mayor.

— Sí, respondió la vieja, pero ya ves que sé corregirlos. ¡Ah! ahí está el cuarto. »

El Viento del este entro con un paso más comedido que los otros; venía vestido como un chino.

« ¡Hola! Vienes del país de la gente de la cola larga, dijo su madre. Pensaba que habias estado en el Jardin del Paraíso.

— Sólo voy mañana, respondió; mañana hará cien años que fui á él. Ahora, vengo, en efecto, de la China; he ido á hacer repicar las campanas de la torre de porcelana. Trajeron toda una bandada de mandarines vestidos de seda amarilla, condecorados con el boton azul, el boton de oro y la pluma de pavo real, y los apalearon, les rompieron en el lomo bastones de bambú. Á cada palo decian, meneando la cabeza: « Muchas gracias! quién bien ama, bien castiga. » Pero no hablaban segun lo que en el fondo de su corazon sentian; yo, para burlame de ellos, les cogí la palabra, y cómo se declaraban contentos, hice reso-

nar más mi alegre repiqueteó : ¡ *Tsing, tsang, tsu!*

— Eres un bromista, dijo la madre. Me sorprende que no seas más razonable, tú que has ido ya tan á menudo al Jardín del Paraíso. Cuando vayas mañana; harás bien de beber en la fuente de la Cordura; en todo caso, tráeme una botella de su agua maravillosa.

— Sí, madre, dijo el Viento del Este, no lo olvidaré. Pero, ¿ por qué has metido en el saco á mi hermano del Sud? Suéltalo por favor. Desearía que me contase la historia del ave fénix; cada vez que todos los cien años voy al Jardín del Paraíso, la princesa me pide que se la cuente, y no la sé bien. Vamos, mamáita, abre el saco; te daré diez puñados de hojas de té, frescas, que acabo de coger en los árboles reservados exclusivamente para el emperador de China; nunca ha venido aquí ni una hoja.

— ¡ Ah! diablillo, dijo la vieja, me atacas por mi flaco; en fin, puesto que eres mi favorito, voy á soltar á tu mal hermano. »

— Abrió el saco y salió el Viento del Sud; estaba algo avergonzado de que el príncipe extranjero hubiese visto la dureza de la corrección materna.

« Toma, dijo á su hermano, hé aquí una hoja de palmera para tu princesa. El mismo fénix, esa ave única en el mundo, me la ha regalado. Con su pico ha escrito en ella toda su historia durante el último siglo de su milagrosa existencia. La princesa podrá leer

cómo prendió fuego á su nido despues de haberse instalado. Permaneció impasible entre las llamas



y el humo; las ramas verdes de palmera crujian y

lanzaban chorros luminosos. El antiguo fénix fué achicharrado como una viuda india sobre la hoguera, y reducido á cenizas. Pero entre las llamas habia un huevo rojo como una bola de hierro candente; se rompió con estrépito y salió una ave jóven. Era el fénix rejuvenecido que, durante un siglo, debe ser el rey de las aves. Todo eso está escrito y detallado en hermoso estilo en la hoja de palmera.

— Bastante hemos hablado, dijo la madre; es tiempo de cenar. »

Y todos se sentaron al rededor de una roca y sirvieron el ciervo, — asado que era un encanto. El jóven príncipe se halló sentado al lado del Viento del Este, y en breve se hicieron buenos amigos.

« ¿Quién en esa princesa de que habláis, preguntó el príncipe, y donde está situado el Jardin del Paraíso ?

— ¡ Ah ! ¿ Te interesa eso ? respondió el Viento del Este. ¿ Quieres acaso ir á ese jardin ? Puedo llevarte mañana ; sabes que, desde Adan y Eva, ningun sér humano ha puesto nunca los piés en él. Cuando tus primeros padres fueron arrojados, el Jardin del Paraíso se hundió en el seno de la tierra ; pero siempre hay una claridad como si brillase el más espléndido sol. El aire es delicioso y embalsamado. Allí vive la reina de las hadas, en la isla de la Felicidad, sitio encantador donde nunca aparece la

muerte. Conque, si quieres, mañana te subirás en mis hombros, y te llevaré. Creo que te dejarán entrar. Pero ahora, descansemos; quiero dormir un poco antes de emprender tan largo viaje. »

En breve, todos estuvieron sumidos en un profundo sueño.

Al alba del siguiente día se despertó el príncipe. Cuál no fué su sorpresa al verse muy alto en los aires, por encima de las nubes, encaramado en los hombros del Viento del Este que lo sujetaba con una mano para que no se cayese. Abajo, en el suelo, los rios, los lagos, las llanuras y los bosques no parecian mayores que se ven en los mapas geográficos.

« Buenos días, dijo el Viento. Tal vez harías bien



de seguir durmiendo, pues no hay hermosas cosas

que ver en esta region de llanuras; á ménos que te se antoje contar los campanarios. ¿ Los distingues? No se ven más altos que los palos con que juegan los chicos.

— ¿ Por qué no me has despertado para que me despidiese de tu madre y de tus hermanos? dijo el príncipe. ¿ Qué van á pensar de mí?

— ¡ Oh! mis hermanos roncaban de tal modo que habria sido lástima incomodarlos, » respondió el Viento, y continuó su vuelo duplicando de velocidad; á su paso, las ramas y las hojas se agitaban, era un inmenso susurro; en el Océano, las olas subian y chocaban con fuerza; los navios eran sacudidos con violencia é inclinaban sus mástiles hasta tocar el mar.

Por la noche, en la oscuridad, era agradable ver las luces de las grandes ciudades; relucian acá y acullá, á intervalos; era como un pedazo de papel medio quemado que lanza algunas chispillas que desaparecen sucesivamente con igual rapidez que lucen. El príncipe se divertia mucho con este espectáculo y se puso á golpear en las manos coma para aplaudir. Pero, el Viento le dijo que moderase sus transportes y emplease sus manos en mantenerse bien, si no queria caerse y quedar enclavado en alguna aguja de campanario.

El Viento corrió aún con más rapidez; el príncipe

tenía alguna dificultad en respirar; podía apreciar la velocidad de su carrera viendo el poquísimos tiempo que necesitaban para dejar atrás las grandes águilas y los más ligeros corceles.

Al día siguiente, al clarear, el Viento bajó hacia la tierra.

« ¿ Ves esa inmensa mole de rocas, de nieve y de hielo? dijo. Es la cordillera del Himalaya; ahora no estamos lejos del fin de nuestro viaje. »

Luégo, torció un poco hacia el Sud. Las flores y los árboles de especias embalsamaban el aire con embriagadores perfumes; las higueras, los granados, los naranjos crecían naturalmente; la vid subía por los árboles dejando colgar sus dorados racimos. El Viento se detuvo en este sitio encantador, donde el príncipe se tiendió en el fresco y tierno césped salpicado de graciosas flores de colores encantadores que se inclinaban con delicadeza como dándoles la bienvenida.

« ¿ Estamos aquí en el Jardín del Paraíso? preguntó el príncipe.

— No tal, respondió el Viento, pero no tardaremos en llegar. ¿ Ves allá bajo una elevada pared de rocas? Allí do la viña cuelga, alta y espesa como un tapiz, hay una apertura que conduce á una caverna. Por allí tenemos que pasar. Envuélvete bien en tu manta; aquí abrasa el sol, pero un poco más allá hace un frío glacial. El ave que veda la entrada de la

caverna tiene un ala en el clima dal estío y otra en el del invierno. »

Penetraron en la caverna. ¡ Qué frio hacía, qué oscuridad más densa! Pero cambió en breve; el Viento del Este tendió sus alas, brotó de ellas una viva luz y se sintió un benéfico calor. Pero, ¡ qué caverna! Enormes estalactitas de formas bizarras colgaban del techo; ya se angostaba el pasaje de manera que tenian que arrastrarse sobre sus manos, como lagartos, ya se elevaba como una catedral; en los lados habia huecos que parecian capillas y en lo alto se veian estalactitas superpuestas como cañones de órgano. La impresion era lúgubre y se sentia oprimido el corazon; nada se veia con vida, ni una yerba.

« Pero, tomamos el camino de la muerte para ir al Jardin del Paraíso, » exclamó el príncipe.

El Viento no respondió y con la mano señaló, à lo léjos una luz azul. Encima de ellos desaparecieron los peñascos y se vió una ligera bruma y luégo nubes blancas coma la nieve que parecian iluminadas por la luna. El aire se volvió templado y delicioso, fresco como el de las montañas, perfumado como el que despide un cesto de rosas y violetas.

Subieron un rio cuyas aguas eran límpidas como el aire; los peces que jugueteaban ellas parecian de oro y plata; anguilas encarnadas como la púr-pura corrian por el fondo del agua, y á cada movi-

miento dejaban estelas de una luz verdosa. Los nenúfares que allí brotaban tenían anchas hojas color de arco íris; las flores parecían brillantes llamas de grana.

Sobre el río se alzaba un puente de mármol, trabajado con tanto arte y delicadeza que se habría tomado por un encaje; se balanceaba al menor soplo; conducía á la isla de la Felicidad donde florece el Jardín del Paraíso.

El Viento cogió al príncipe en brazos y lo llevó al opuesto lado del puente; tuvo necesidad de toda su ligereza para poder pasar; cualquiera otro habría hecho vacilar y dar una vuelta al puente. Las flores y las hojas de nenúfares agitadas, dulcemente al pasaje del viento hicieron oír una deliciosa armonía; el príncipe creyó reconocer las más bellas melodías que escuchara en su infancia; pero nunca había oído voces humanas, emitir un sonido tan penetrante, tan embriagador.

En la opuesta orilla del río se alzaban plantas acuáticas altas como palmeras, con un gigantesco follaje. Los árboles eran tan grandes que costaba trabajo distinguir sus copas y los troncos eran gruesos como torres. En sus ramas, colgaban plantas trepadoras, formando seductoras guirnaldas que ofrecían el aspecto más maravilloso de flores, pájaros, y arabescos de colores vivos y atractivos, como, en

pequeño, se ven en los hermosos manuscritos de



nuestros artistas de la edad média.

Vastos campos de césped del más tierno verde, se extendían á la lèjos, cortados del modo más gracioso con cestos de magníficas flores. Acá y acullá se veian grupos de pavos reales en círculo, con las desplegadas. ¡Qué esplendor de brillantes colores! El príncipe se acercó para admirar de más cerca; no eran aves sino flores que tenian aquella forma y aquellos tonos inimitables.

Debajo de bosquecillos que esparcian deliciosos aromas, mezcla de emanaciones de azahar, jazmin, rosa y heliotropo, saltaban alegremente leones y tigres; eran mansos como corderos; palomas torcaces de luciente plumaje se posaban en las crines de los leones; antílopes y gacelas jugaban con tigres y leopardos.

De pronto apareció el Hada del paraíso. Sus vestidos despedían una brillantez parecida á la del sol; sus facciones, de una belleza divinal, lucian con la encantadora sonrisa que se descubre en el rostro de una madre á la que su hijo da una gran alegría. Parecia hallarse en plena juventud; á su alrededor habia un séquito de damas, seductoras jóvenes que llevaban en cabellos un diamante más grueso que el puño, fulgurante como una estrella.

El Viento del Este presentó al Hada la hoja de palmera, presente del fénix; la tomó y vió de un ojeado cuanto habia escrito en ella; sus ojos bri-

llaron de júbilo y satisfacción. Tomó al príncipe de una mano y lo condujo á un palacio cuyas paredes tenían los soberbios colores que se ven cuando se expone al sol una hoja de tulipan. El techo tenía la forma de una gran flor de pétalos transparentes, de tonos dulces.

El príncipe se acercó á una ventana y miró por los vidrios que eran del cristal más puro. ¿Qué es lo que vió? Al lado del árbol de la ciencia estaba Adan y Eva. Eva acababa de morder la manzana, y la presentaba á Adan, que alargaba la mano para cogerla.

« ¡ Cómo exclamó el príncipe, ¿ nuestros primeros padres no han sido arrojados del paraíso ? »

El Hada se sonrió y le dijo que el espectáculo que veía estaba simplemente grabado en el cristal, pero por la misma historia, que habia dado vida y movimiento á aquellas imágenes de los sucesos del mundo que se veian pasar fielmente como si fuesen reales. Los hombres y los animales iban y venian; se veia todo el desarrollo de la humanidad. El príncipe miró por otro cristal y vió el sueño de Jacob, la escala que iba al cielo por la que los ángeles, agitando sus grandes alas, subian y bajaban.

Habria permanecido allí dias enteros, años, contemplando aquel espectáculo único; pero el hada se lo llevó y lo condujo á una grande y elevada sala, cuyas paredes de ópalo eran transparentes; se veian

ias figuras de los bienaventurados y los habia á millones; las caras no eran mayores que una rosa de mayo, y sin embargo se distinguía muy bien la sonrisa de dicha angelical, las facciones de una hermosura sobrenatural. Se oía una melodía deliciosa, eco de los cantos que los bienaventurados entonan ánte el trono del Eterno.

En el centro de la sala habia un hermoso árbol, de follaje opulento, de verde oscuro, y cuyas ramas, que graciosamente caian hasta el suelo, llevaban manzanas doradas, grandes y pequeñas; era el árbol de la ciencia, en realidad, el mismo cuyo fruto habian probado Adan y Eva. De cada hoja colgaba una gota de rocío que parecia un magnífico rubí; se habria dicho que el árbol lloraba lágrimas de sangre por haber sido la ocasion del primer pecado.

Salieron de palacio y llegaron á un lago cuyas aguas tenian el reflejo del más puro diamante; entraron en una góndola que impulsada por la brisa, se puso á bogar ligeramente y á balancearse como una hamaca. Cuando llegaron hácia la mitad del lago, el hada dijo al príncipe:

« Mira hácia las orillas, con alguna atencion, y verás desfilar los sitios más hermosos del Universo. »

Y en efecto, el príncipe vió primero los Alpes, cubiertos de nieves eternas y de sombríos bosques de pinos; sus altas cimas que nunca alcanzan las nubes,

brillaban al sol con un reflejo deslumbrador; á lo léjos se oían los sonidos melancolicos de la bocina; un instante despues, un pastor y una pastora dejaban oír los acentos de un alegre duo que el eco repetía siete veces.

Luégo apareció un rico paisaje de las Indias; templos soberbios rodeados de palmeras, de banános con ramas colgantes; adelantaba un cortejo de guerreros, con armaduras recargadas de oro y piedras preciosas, montados en elefantes primorosamente alhajados.

Luégo vino una region extraña; los árboles tenían hojas azuladas; los animales ofrecían formas singulares; las flores no admitían comparacion con lo que se ve en el antiguo continente; era la Australia; salió una tropa de salvajes negros, con dibujos blancos, que al sonido de tamboriles y flautas chillonas bailaban desordenadas danzas á la claridad de la luna.

La escena cambió de nuevo, y el príncipe maravillado vió desfilar lentamente las Pirámides, el Nilo, los obeliscos, los miles de templos y los palacios que adornaban el Egipto en la época de los faraones.

Se distinguió luégo un magnífico paisaje del Norte; una inmensa sábana de nieve brillando á los reflejos de un volcan en erupcion y á los fuegos de una aurora boreal; la industria humana no consiguió nunca el esplendor de semejante fuego artificial.

El príncipe estaba extático ; vió pasar mil maravillosos sitios.

« Y ¿ voy á poder permanecer siempre en estos encantadores lugares ? exclamó.

— Eso dependerá de ti, respondió el hada. Sino te dejas arrastrar, como Adán, á pasar por encima de una prohibicion, podrás vivir aquí cuanto se te antoje.

— ¡ Oh ! á buen seguro no tocaré á las manzanas del árbol de la ciencia, dijo el príncipe. Veo ahí una infinidad de frutos que son más bellos y parecen más sabrosos.

— Consulta bien tus fuerzas, replicó el Hada, y si no te sientes bastante fuerte, vuélvete con el Viento del Este que te ha traído. Va á marcharse para no volver hasta dentro de cien años. Si te quedas, aquí, ese siglo no te parecerá más largo que cien horas ; pero será un tiempo bastante largo para permitirte el ceder á la tentacion.

— Todas las noches, cuando te deje, te diré : « Acompáñame. » Me volveré y, con el ademan te ínstaré á seguirme. Guárdate de hacerlo ; no te muevas ; á cada paso que dieses tendrias ménos fuerzas para resistir á mi llamamiento. Sin embargo, aunque sigas mis pasos, no todo se ha perdido. Llegarás á la sala donde está el árbol de la ciencia ; de noche descanso bajo sus ramas odoríferas cuyo perfume

embriaga. Contemplarás mi rostro y te sonreiré; pero, por favor, ten el valor de no acercate y de no tocar la orla de mi túnica, por ligeramente que sea. Al momento desaparecería el Jardín del Paraíso y serías echado como tus primeros padres; te hallarías en una soledad desierta, en medio de la tormenta y de la lluvia; el pesar, y la pena serían tus bienes.

— Me quedaré, dijo el príncipe y saldré de la prueba con honor.

— Sé fuerte y animoso, le dijo el Viento del Este besándolo en la frente, y dentro de cien años volveremos á vernos. Á Dios. ¡Qué tu corazón se mantenga firme!... ¡Á Dios! »

El Viento tendió sus alas que despidieron un fulgor deslumbrador como los relámpagos que, en las noches de verano, iluminan é inflaman el horizonte.

Y de todas partes, á su paso, árboles y flores se estremecían y se oía un dulce murmurio, que parecía decir : « ¡Á dios, á Dios! » Un cordón de cigüeñas, de golondrinas y de cisnes lo acompañaron hasta el río que rodeaba la isla de la Felicidad; luego desapareció.

« Ahora, vamos á divertirnos, dijo el Hada, vamos á bailar alegremente. Á la última vuelta, cuando el crepúsculo comience, te dejaré, te lo he dicho; pero, al mismo tiempo te llamaré y con una sonrisa más dulce te instaré á que me sigas. Te lo repito, no me

escuches. Todas las tardes, durante cien años, haré lo mismo; cada vez que me hayas resistido, tu fuerza aumentará y en breve no pensarás siquiera en pasar adelante. Ahora, estás prevenido; la prueba comenzará esta misma noche. »

El Hada lo condujo á una nueva sala cuyas paredes estaban formadas con lirios blancos, transparentes y enlazados; sus pistilos formaban como arpas de oro que resonaban deliciosamente; se habria dicho una música de flautas y mandolinas. Jóvenes de belleza ideal, estatuas animadas vestidas de seda, gasa y encajes, ejecutaban danzas graciosas; cantaban el deleite de vivir en este jardin del paraíso donde todo es inmortal.

Declinaba la luz del dia; el cielo tomó un tono purpúreo intenso que coloreaba de un tierno color de rosa los lirios que circundaban la sala. Los jóvenes presentaron al príncipe una copa tallada en un solo diamante y llena de un vino espumante; el príncipe bebió este néctar y se sintió como anegado en un mar de felicidad. Se abrió el fondo de la sala y vió á lo léjos al erbol de la ciencia cuyos frutos despedían un resplandor que deslumbraba su vista. Una música encantadora resonó; el príncipe creyó escuchar la voz de su madre que decia : « ¡ Hijo mio, querido hujo, cuidado ! »

Pero, héte que el Hada parte, diciéndole con el

acento más seductor, más tierno : « ! Vén conmigo, vén! »

Y corrió tras ella, olvidando resolución y promesas ; ella se volvió y le sonrió, y él la siguió sin una vacilacion, sin un remordimiento.

Elaire se llenó de embriagadores perfumes; resonó una música celestial. Cuando llegó á la sala donde se alzaba el árbol de la ciencia, el príncipe creyó ver figuras de bienaventurados que le sonreian ; oyó voces que decian : « Hay que conocerlo todo ; el hombre es el rey de la creacion. » Los rubíes que colgaban de las ramas del árbol alumbraban la sala con un mágico resplandor.

« ¡ Vén conmigo, vén! » dijo el Hada, mirando al príncipe con una sonrisa irresistible. Él sintió su corazon latir como si fuese á romperse y apretaba el paso febrilmente. « ¿ Por qué no he de seguirla ? se decia ; ¿ por qué no he de poder admirarla ? Esto no me lo han prohibido, con tal que no me acerque á ella. Eso no lo haré ; mi voluntad es firme ; resistiré á la tentacion ; lo juro. »

El Hada, separando las ramas del árbol, pasó por debajo y el follage la ocultó á los ojos del príncipe.

« Aun puedo verla, dijo, no me está vedado. »

Levantando las ramas, vió al Hada que dormitaba ya ; parecia soñar y en su rostro lucía una sonrisa

divin; pero, entre sus párpados se habria creido ver temblar una lágrima.



« ¿ Lloras por mí ? murmuró. Sólo ahora siento todas las alegrías de este paraíso. La vida eterna penetra mi cuerpo y mi alma; tengo la fuerza de los querubines; mis pensamientos dominan todo el universo. Además, daría toda mi existencia por un minuto de las delicias que experimento. »

Y tembloroso, asió una mano del Hada.

Un trueno formidable estalló; se habria dicho que el cielo y la tierra se venian abajo. Y, en efecto, el árbol de la Ciencia, el Hada, el Jardin del Paraíso, todo se desvaneció rápidamente; el príncipe vió desaparecer en la noche sombría todo este esplendor; no quedó más que á lo léjos, á millones de leguas, como

un punto luminoso, una pequeña estrella fija en el firmamento.

El príncipe sintió cómo el estremecimiento de la muerte; se cerraron sus ojos y cayó desvanecido.

Una lluvia fría le batió el rostro; el viento soplaba con fuerza. El príncipe se despertó y le volvió el recuerdo.

« ¿Qué he hecho? exclamó. He pecado como Adán; me han echado del Paraíso. »

Levantando los ojos, vió en el cielo la pequeña estrella, la última chispa de todo el brillo rutilante que lo rodeaba hacía algunos instantes : era la estrella matutina.

Se levantó y reconoció que estaba en el bosque, como la vispera, delante de la caverna de los Vientos; la madre estaba á su lado, mirándolo indignada y amenazadora.

« ¡Has! sucumbido desde la primera noche! dijo. Si fueses mi hijo, te habria metido ya en el saco.

— Yo lo meteré ; » dijo el Ángel de la muerte que acababa de bajar de los cielos, con sus grande alas negras y la terrible guadaña en la mano.

« Sí, replicó, yo le meteré en un saco; no al momento; sólo voy á marcarlo para reconocerlo; le dejaré un poco de reposo á fin de que se enmiende y tenga tiempo de arrepentirse. Pero, no se me escapará; en el momento en que ménos lo piense lo

cogeré y lo meteré en el negro ataúd para llevarlo hacia la estrella que aún brilla allá arriba. Allí está ahora el Jardín del Paraíso. Si ha hecho penitencia,



entrará en él. Si su corazón ha permanecido apegado al pecado, lo sumiré en la noche sombría y horrible, á millones de leguas ; todos los mil años vol-

veré a cogerlo para hundirlo más adentro en los lugares do reina la más profunda desolacion ; pero si, en fin, sus pensamientos se vuelven hácia el bien, lo llevaré hácia la estrella donde hallará de nuevo el paraíso. »





EL JABALI DE BRONCE

En la hermosa ciudad de Florencia, no lejos de la *piazza del Granduca*, hay una callejuela lateral que me parece llaman *via Rossa*; en la esquina, precisamente en frente de un mercado de legumbres, se ve un jabalí de bronce, trabajado con un arte perfecto (1).

(1) Este jabalí de bronce, que se encuentra en la *via della porta Rossa*, cerca del *Mercato-Nuovo*, se ha hecho por el molde de un jabalí antiguo de mármol, que se encuentra en los *Uffizi*.

Sirve de fuente; un agua fresca y límpida sale del hocico del animal, que los años han cubierto de un hermoso verde, excepto el hocico que brilla y reluce como si estuviese bruñido con esmero; esto proviene de que, todos los días, centenares de niños y de pobres lo cogen entre sus manos cuando se acercan á beber. Es un grupo verdaderamente encantador cuando un pequeño *pifferaro* con su pintoresco traje, tiene abrazado al animal y parece darle un beso.

Si vais á Florencia y que mi historia os haya dado ganas de ver esta fuente, preguntad al primer mendigo que encontréis dónde está el *jabalí de metal* (*il porco di metallo*), y os lo indicará seguramente.

Era una noche de invierno; los montes de los Apenninos estaban cubiertos de nieve; pero en la ciudad el aire no era más que fresco; la luna estaba clara, y en este país del sud se veía mejor aquella noche que en nuestro país durante las noches sombrías de invierno en que espesas nubes de plomo, llevan por doquiera la sombra y la tristeza.

Durante todo el día, un muchachito, harapiento, pero cuya linda y sonriente figura daba gusto á pesar del tono amarillento de la miseria, había estado en el jardín del gran duque, bajo los pinos que cubren los bosquecillos de rosales, que florecen hasta en invierno. Tenía hambre; había implorado la caridad de los transeuntes; pero tenía el alma ingenua y no cobraba el

arte de mendigar bien. Nadie le habia dado limosna, y cuando llegó la noche, el guarda lo habia arrojado del banco en que fuera á descansar.

Se marchó al acaso; pasando por el puente del Arno se echó de brazos en el parapeto y por largo tiempo miró el reflejo del firmamento estrellado en las aguas del rio. Luégo llegó al jabalí de bronce; al verlo se precipitó y, apretando el cuello del animal en sus brazos, acercó su boca y bebió á grandes tragos la deliciosa agua fresca. Por el suelo habia algunas castañas que se habian escapado del saco mal atado de una vendedora del mercado; las recogió y fueron toda su cena.

No habia un alma en los alrededores; el niño subió sobre el lomo del buen jabalí que habia apagado su sed, se instaló á su gusto, posando su ensortijada cabeza sobre la del animal, y sin reparar en ello, se durmió con un profundo sueño.

Dieron las doce; el animal se estremeció y dijo claramente: « Niño, tente bien; voy á emprender mi carrera. » Y, en efecto, partió, y fué una carrera singular. Llegaron primero á la plaza del *Granduca*; el caballo de bronce que lleva al duque relinchó al verlos pasar. Hélos delante del palacio de los *Uffizi*; la puerta estaba abierta de par en par. « Tente bien, dijo el animal, vamos á subir la escalera. » Y penetró bajo la bóveda y atravesó las galerías, llenas de obras

de arte, pinturas y esculturas. El niño las había contemplado ya varias veces; pero, á la luz de la luna le parecieron cien veces más hermosas.

Entraron en la sala donde se hallan reunidas las maravillas principales, la *Vénus de Médicis*, los *Gladiadores*, el *Amolador*, y en pinturas los cuadros de Ticiano, de Rafael, de Leonardo de Vinci. El animal se paseaba, sin apresurarse, entre estas bellezas; el niño dotado, como todos los italianos, del sentimiento de lo bello, admiraba confusamente; pero su mirada no se fijaba particularmente en nada; no se conmovió hasta encontrarse delante de un cuadro ante el que varias veces se había detenido largo tiempo; se veían en él niños sonrientes, felices, alegres; es una obra llena de una poesía y de un encanto divino: la *Bajada de Cristo á los infiernos*. El autor es Angiolino Bronzino. El Hijo de Dios está allí, no en medio de los condenados, sino rodeado de paganos á los que lleva la salvación. La expresión de la figura de los niños es particularmente deliciosa; se ve en sus facciones que se creen ya en el paraíso. Dos de ellos, pequeñitos, se besan de alegría; otro, designándose con el dedo y mirando á un vecino, parece decir: « Yo también voy á entrar en la vida eterna. » Los de más edad no aparentan igual seguridad, pero tienen la esperanza y se inclinan, adorando, delante del Señor.

El chico consideraba el cuadro como si lo viese por

la primera vez; el animal se habia parado para darle gusto; las figuras pintadas en el lienzo parecieron animarse y el niño tendió las manos hácia los chicuelos sonrientes. Pero, en este momento, el animal emprendió de nuevo su carrera y, bajando la escalera, salió del palacio.

« Gracias, dijo el muchacho acariciando con dulzura el cuello del animal, gracias, y bendito seas por haberme hecho ver ese hermoso espectáculo que no olvidaré en mi vida.

— Yo soy quien debe darte las gracias, respondió el jabalí de bronce; sólo cuando llevo encima del lomo á un niño inocente, tengo el poder de moverme y abandonar mi monótono zócalo. Sí, entónces tengo hasta el derecho de dejar brillar sobre mí la luz de la lámpara que alumbra la santa imágen de la Madona en la iglesia de *Santa-Croce*. Pero no puedo entrar en el santuario, tengo que permanecer en la puerta. No me abandones, querido niño, pues de nuevo me quedaria inerte y sin vida, tal como durante el dia has podido verme.

— Nada temas, dijo el niño, me agarro bien á tu cuello. »

Y, al galope, recorren las calles y llegan delante de *Santa-Croce*; las puertas se abren con estrépito y las luces de los cirios y las lámparas alumbran el pórtico.

El niño apercibió las tumbas de Dante, de Miguel-Ángel, de Maquiavelo, de Galileo, de Alfieri, de las más grandes glorias de Italia; sus estatuas de mármol parecían dotadas de vida. Comenzó el servicio religioso, los monaguillos balanceaban los incensarios, resonó una música celeste. El pequeñin iba á olvidar su promesa y bajar del lomo del animal para entrar en la iglesia, cuando el jabalí partió como un cohete y las puertas de la iglesia se cerraron con el ruido del trueno. El niño se despertó sobresaltado; se sentía aturdido; se encontró en la calle de la porta Rossa, cayéndose del jabalí de bronce sobre el que se había dormido.

Habia amanecido ; el sol lucia en el horizonte ; el recuerdo de la realidad vino al niño ; el temor y la angustia llenaron su corazon. Pensó en la mujer mala y taimada que llamaba su madre y que la víspera lo habia mandado á mendigar. No le habian dado ni un ochavo y estaba rabiando de hambre.

Con el corazón angustiado, se dirigió hácia la casa en que lo esperaban ; pero, ántes de marcharse acarició el lomo del jabalí de bronce y le besó el hocico haciéndole adios con la mano, en recuerdo de los momentos felices que habian pasado juntos.

Luégo penetró en sucias y estrechas callejuelas ; llegado delante de una casucha cuya puerta de hierro estaba abierta, entró, y subiendo con ayuda de un

cuerda grasienta, una mala escalera, de carcomidos escalones, pasó por un corredor donde colgaban harapos y trapos ; se oía el ruido de una polea tomada de moho ; la ponía en movimiento una mujer, sacando un cubo que había bajado al pozo. El chico subió otra escalera más miserable todavía, y llegó delante de una puerta en la que había una mujer con la cabellera negra en desorden y los trajes sórdidos.

« ¿ Traes dinero, mala pécora ? le gritó. — No te enfades, madre, dijo el pobre pequeñito, asiendo la mano de la mujer para besársela. He rogado, suplicado, nadie me ha dado limosna. » Lo empujó brutalmente dentro del cuarto, y para calentarse cogió un tiesto de barro lleno de áscuas, como los usan en Italia la gente pobre que no tiene chimeneas ni caloríferos.

« Vamos, replicó con acento agrio, dáme todo el dinero que has ocultado. » El niño rompió á llorar ; lo sacudió y le dió un puntapié ; él arrojó un grito de dolor. ¿ Quieres callarte, ó te atizo más fuerte ? » exclamó la mujer levantando el tiesto de barro.

El chico huyó á un rincon, sollozando. Entró una vecina que traía también su escaldador. « Felicita, dijo, ¿ por qué maltratas otra vez á ese desgraciado muchacho que es tan dulce y amable ? — Es mi hijo, respondió la arpía, y puedo matarlo si se me antoja, y tú con él, mi buena Giannina ! »

En esto adelantó su escaldador; la otra paró con el suyo; los dos tientos chocaron y volaron en pedazos; los carbones encendidos rodaron por el suelo. Las dos mujeres aullaron de cólera y de rabia. El chico, asustado, se escabulló, y bajando precipitadamente la escalera, se echó á correr cuán á prisa pudo, hasta



que llegó, sofocado, delante de la iglesia de *Santa-Croce*. Entró en ella, atraído por el recuerdo de lo que la noche anterior habia visto. Se arrodilló en un lugar apartado, cerca de la tumba de Miguel Ángel y lloró en alta voz. Durante largo tiempo, nadie reparó en él; habiendo terminado la misa se fué la gente. Un señor anciano se acercó, por acaso, y vió al pobre

niño con las manos cruzadas, los ojos vueltos hácia la Madona, elevar una ardorosa plegaria ; se detuvo y observó. El niño, abatido por el pesar y el hambre, se levantó, y arrastrándose, fué á meterse en el rincón de una capilla para dormir. El señor anciano lo siguió y le dió una palmadita en el hombro. El niño se levantó sobresaltado.

« ¿ Estás enfermo ? dijo el caballero. ¿ Qué haces ahí ? ¿ No tienes padres ? »

El niño, animado por el aire compasivo del anciano, contó su triste historia. El caballero se lo llevó á su casa que estaba en una calle al lado ; era un guantero y le llamaban el tío Giuseppe. Cuando entraron, su mujer, una buena vieja, estaba cosiendo. Una perrita de aguas que acababan de esquilar, en vez de ladrar como de costumbre, salió al encuentro del niño, meneó el rabo y dió brincos, haciendo mil monerías.

La buena mujer acogió tambien con afabilidad al niño, cuando su marido la puso al corriente ; lo que la gustaba es que *Bellisima*, la perrita, lo hubiese recibido tan bien. « Los dos séres inocentes se comprenden, » dijo. Dió de comer y beber al chico, y cuando se hubo reconfortado, le dijo que se quedaría en su casa hasta el dia siguiente, y que el tío Giuseppe iria á hablar á su madre. Por la noche lo llevaron á un cuartito donde habia una camita con un cobertor nada más. Pero, para él que tan á menudo

habia dormido en la piedra, este lecho le pareció digno de un rey, y durmió con un sueño profundo y tranquilo, soñando con su querido jabalí de bronce y con las maravillas del palacio de los *Uffizi*.

Al otro dia, el tio Giuseppe salió temprano ; triste despertar fué para el niño el verle partir ; tal vez exigiría su madre que entrase en la espantosa casucha. El niño lloró ; la perrita saltó á su lado como para consolarlo ; y en efecto, sus lágrimas se detuvieron y jugó con la linda Bellísima y este espectáculo distrajo mucho á la anciana.

El tio Giuseppe volvió y habló algun tiempo parte con su mujer ; lo aprobó inclinando la cabeza, y acariciando los ensortijados cabellos del niño, dijo : « Gianino es un buen muchacho ; será un guantero hábil y trabajará bien como tú, Giuseppe ; mira que dedos finos y flexibles tiene. La Madona nos lo envía para que hagamos de él un buen guantero. »

Gianino, encantado, permaneció pues en casa de los buenos viejos ; la señora le enseñó á coser y se mostró dócil y hábil. Comia todo lo que queria y en breve olvidó sus antiguas penas ; se volvió alegre y se puso á fastidiar á Bellísima ; esto no le gustaba á la anciana, que le amenazó con el dedo y acabó por reñirle.

Esto le llegó al alma, y retirado por la noche en su cuartito, no pudo dormirse. Las ideas de otros

tiempos le acosaron ; de pronto oyó un ruido extraño en el callejon donde hacian secar las pieles y al que daba la ventana guarnecida de barrotes de hierro « ¿ Sería el querido jabalí de bronce ? se dijo, medio dormido y medio despierto. ¡ Si pudiese llevarme á cuestas ! »

De un salto estuvo al lado de la ventana, pero no oyó nada más.

« Toma la caja de colores del *signore* y llévasela, » dijo al otro dia el tio Giuseppe á Gianino.

El *signore* era un jóven pintor que vivia en la casa é iba á salir, con su caja y un gran lienzo enrollado. El niño obedeci6 y sigui6 al pintor. Tomaron el camino del palacio de los *Uffizi* y subieron la escalera que conduce á la galería donde Gianino habia ido de noche con el jabalí de bronce. Reconoci6 las estatuas, y la Madona célebre, y san Juan, su patrono.

Héte que el pintor se detiene delante del cuadro de Bronzino, la *Bajada de Cristo á los infiernos*. Como si nunca lo hubiese visto, Gianino permanecia extático delante del Hijo de Dios rodeado de los niños de celestial sonrisa, esperando el paraíso.

Cuando el pintor hubo arreglado su cabellete, dijo á Gianino : « Gracias, amiguito ; ahora vuélvete á casa.

— ¡ Oh ! dejadme veros pintar, dijo el niño. ¿ Cómo vais á reproducir esas hermosas figuras en vuestro lienzo blanco ?

— No voy á pintar todavía, » respondió el jóven.

Tomó tiza, y midiendo con la vista las proporciones del cuadro, se puso á delinear rápidamente un boceto.

El niño seguía todos sus movimientos. « Es preciso que vuelvas á casa, » dijo el pintor. Gianino se fué pensativo, y cuando llegó á la casa, cogió la aguja y se puso á coser.

Pero, durante todo el dia estuvo distraido, su espíritu estaba en la galería; se picó los dedos y no fué diestro; no pensó en fastidiar á Bellísima. Por la noche, estando abierta la puerta de la casa, se escurrió fuera. Hacía bastante frio, pero el cielo estaba claro y brillaban las estrellas. Gianino dió lentamente algunos pasos por la calle, luégo, impulsado por una resolucion súbita, se puso á andar de prisa, y, pasando por las calles desiertas, llegó al lado del jabalí de bronce. Muy alegre, lo besó en su hocico é iba á encaramarse en su lomo. « ¡ Buen animal, dijo, cuánto me tardaba volver á verte! ¡ No vamos á dar esta noche una nueva carrera? »

Tendia los brazos para subir, cuándo sintió que le tiraban de la chaqueta; se vuelve y ¿ qué percibe? Á Bellísima, la perrita que no le guardaba rencor y habia seguido á su compañero de juego. Gianino estaba como herido por el rayo. ¡ Bellísima fuera en aquella noche fria, y sin el manto que llevaba siempre

cuando salia ; la habian esquilado hacia poco tiempo. Era un manto coqueto, de piel de cabrito, adornado con cintas de color de rosa, y pequeños cascabeles.

¡ Bellísima que iba á resfriarse ! ¡ Qué diria la señora ! Á Dios el paseo por la galería de los Uffizi. Sin embargo, ántes de irse, Gianino besó á su querido jabalí de bronce ; luégo tomó la perrita en sus brazos, temblaba de frio ; así es que se puso á correr con toda la fuerza de sus piernas.

« ¿ Adónde vas tan de prisa ? exclamaron los polizontes contra los que se dió de hocicos. ¿ Á quién has robado esa linda perrita ? »

Y al mismo tiempo le quitaron á Bellísima, que sin embargo les ladraba.

« ¡ Oh ! señores, devolvédmela ! suplicó.

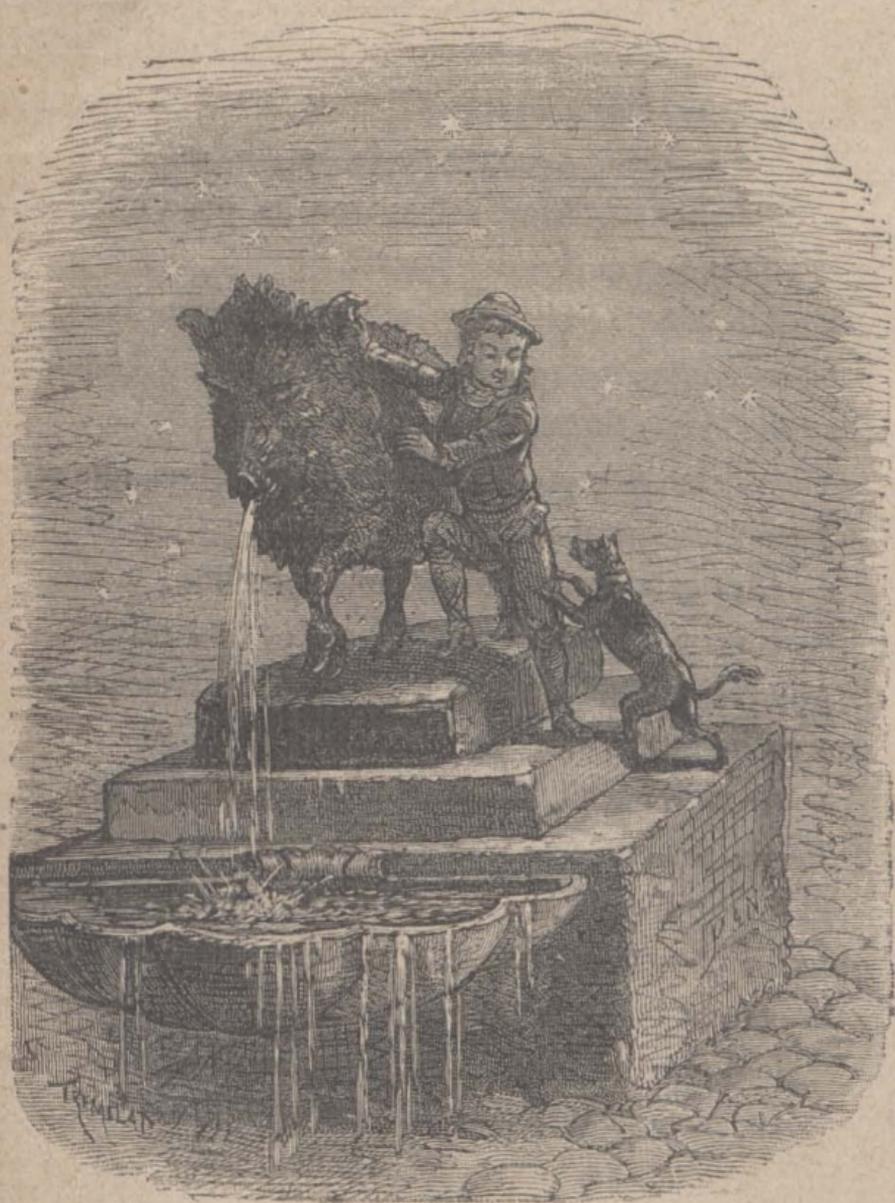
— No, no, respondieron. Si no la has robado, si la quieren en su casa que vengán á buscarla al cuerpo de guardia. »

Y se marcharon, llevándose á Bellísima que se deshacia por correr en pos de Gianino.

El infeliz no se movia, estaba aniquilado. Se preguntaba si debia arrojarse al Arno ó volver á la casa para contar lo que habia pasado.

« Seguramente van á matarme, se dijo. Pero entonces, pensó, estaré muerto é iré al lado de Cristo á reunirme con los niños del cuadro. Vaya, no hay mal que por bien no venga. Van á matarme. »

Encontró la puerta cerrada, y era muy pequeño para llegar al martillo ; cogió una piedra y la tiró contra la puerta.



« ¿ Quién anda ahí ? preguntó el tío Giuseppe »

— Soy yo, Gianino, dijo. Bellísima se ha marchado. ¡Abrid y matadme! »

Aquí fué Troya. La señora miró al momento el cajon en que guardaba el manto de la perrita y vió que estaba allí.

« ¡Bellísima en el cuerpo de guardia! exclamó y sin su manto. ¡Ah! mal niño, tú te la has llevado fuera para jugar. ¡Va á helarse! Corred pronto, Giuseppe, corred pronto á sacar á ese pimpollo de las manos brutales de los polizontes. »

El tio Giuseppe partió apresuradamente. La señora gemía y se lamentaba, Gianino sollozaba. Todo el mundo se puso en movimiento en la casa y el pintor acudió tambien. Cogió al niño en brazos, lo interrogó, y el infante, á retazos, entre dos torrentes de lágrimas, le contó toda la historia del jabalí de bronce y de los Uffizi; no era muy clara ni fácil de comprender. El jóven trató de consolar á Gianino y de calmar á la anciana señora, pero no se calmó hasta que el tio Giuseppe volvió con la perrita sana y salva, que parecia muy orgullosa de haber estado entre soldados.

Entónces fué una alegría sin tasa. Gianino y Bellísima bailaban de contento y para colmo de placer el pintor prometió al niño que le daría hermosas estampas. Y al otro dia le regaló algunos grabados, dibujos, y paisajes, hombres con grandes

barbas, y ¡ oh sorpresa ! el mismo jabalí de bronce, trazado en cuatro rayas, y toda la calle y el mercado alrededor.

« ¡ Qué felicidad saber dibujar, se dijo Gianino, es posible tener sin cesar á su alrededor á cuántos os son queridos, y áun al mundo entero ! »

Y al dia siguiente, cuando estuvo solo, cogió un lápiz y en el reverso de una de las estampas, trató de reproducir á su amigo el jabalí de bronce. Á femia, se le podia reconocer. El animal estaba algo torcido ; una pierna era muy gorda, otra muy fina ; pero no todo estaba mal y Gianino bailó de júbilo. Se confesó, sin embargo, que su obra no era perfecta, ni con mucho ; comenzó al dia siguiente y salió ya mejor ; al otro dia, aún había ménos defectos, y el hocico de donde brotaba el agua estaba bien.

Pero los progresos en costura se paralizaban mucho, y cuando Gianino iba á llevar algun pedido por la ciudad, estaba fuera mucho tiempo. No jugaba ; dibujaba el jabalí de bronce del natural, luégo el caballo de la *piazza del Granduca*, y la columna de la *piazza de la Trinita*, con la estatua de la Justicia que tiene sus balanzas.

Pero todo esto no eran más que objetos inanimados. Un dia, Bellísima fué á verlo á su cuarto.

« ¡ Ah ! exclamó, vas á estarte muy quieta. Te di-

bujaré y haré de ti un bonito retrato ; de este modo estarás siempre á mi lado. »

Pero la perrita habia venido para jugar con su amigo y no se estaba quieta. Entónces Gianino la ató encima de una silla por las patas, por la cabeza. Se agitó y ladró ; Gianino apretó la cuerda

En este momento entró la guante



« ¡ Ah ! bribon ! exclamó. ¡ Pobre joya ! » Es todo lo que por el instante pudo decir, tan sofocada estaba ; puso á Bellísima en libertad y entónces la volvió la palabra. Maldijo á Gianino, y lo trató como un miserable ingrato ; cogió un palitroque, le pegó y le echó de la casa.

El desgraciado niño, aplastado por el infortunio, pálido y deconsolado, bajó la escalera, cuando el pintor, que las subia, lo encontró ; en este punto se decidió la suerte, el destino de Gianino.

Hé aquí ahora el fin de la historia.

En 1834, habia una exposicion en la *Accademia delle arti* de Florencia. El gentío acudia delante de dos cuadros colocados uno al lado del otro. Uno representaba un niño que trataba de dibujar una perrita, atada encima de una silla, y que se agitaba del modo más cómico del mundo para libertarse de sus lazos. La escena estaba pintada perfectamente ; el aire serio y aplicado del niño y los movimientos cómicos del animalillo. El cuadro estaba lleno de vida y encanto.

Se contaba que aquel niño habia sido hallado abandonado en las calles por una mala mendiga que le pegaba, pero que habia sido recogido por un buen guantero ; que él solo habia aprendido á dibujar, y que un pintor, el autor del cuadro, habia descubierto su talento, cuando el niño acababa de ser echado por haber atado á la fuerza á la perrita, la favorita de la guanterera, para copiarla.

El niño se habia hecho un gran pintor ; es lo que se veia por el segundo cuadro, que representaba el jabalí de bronce, tan conocido en Florencia. En el lomo del animal dormia un niño ; el reflejo de la

lámpara de la Madona iluminaba su rostro. Todo era perfecto en este lienzo, el dibujo, el color, la factura; pero lo que particularmente atraía á la gente, era la sonrisa del niño perdido en un sueño misterioso; era tan divina como la sonrisa de los niños de Bronzino.

En la parte baja del cuadro habia una corona de laurel; habia merecido el premio de honor de la exposicion; pero entre las hojas se veia un crespon negro; el jóven artista acababa de ser arrebatado, por una terrible epidemia, hácia el país de los sueños de su infancia.



BIBLIOTECA NACIONAL
MADRID

ÍNDICE

	Pág.
EL TIO CIEDRA-EL-OJO.....	7
EL JARDIN DEL PARAISO.....	29
EL JABALÍ DE BRONCE.....	65

